

Unidad 3

- Restos Culturales de América

- 3.1 La Industria Lítica
- 3.2 Talleres de Lítica
- 3.3 Pintura Rupestre
- 3.4 El Pensamiento Mágico Religioso
- 3.5 La Aparición de la Agricultura

1. *Restos culturales prehistóricos*

En el Nuevo Mundo, y por idénticas razones a las ya mencionadas al referirnos al Viejo Mundo, se dispone de muchos más documentos líticos, y culturales en general, que de restos humanos. Citaremos algunos de los principales tipos de cultura precolom-

Cuadro 13

Cronología del Wisconsin (Bosch-Gimpera, 1967)

	3 000 años
Avance Cochrane	
	6 000 "
Gran retirada glacial	
	8 400 "
Avance Valdez	
	9 100 "
Interstadial Two Creeks	
	10 000 "
Avances Cary I, II, III (Mankato)	
	14 000 "
Interstadial New Haven	
	15 000 "
Avance Tannewell	
	20 000 "
Interstadial Peoria	
	23 000 "
Avance Iowa	
	25 000 "
Interstadial	
	30 000 "
Avance Farmdale	
	40 000 "
Interstadial	
	45 000 "
Avance Allouez	
	50 000 "
Interglacial Sangamon	
	70 000 "

bina con su cronología aproximada, ya que ello confirma la presencia humana, aun cuando se carezca de materiales óseos en el mismo periodo:⁸

a) En América del Norte se conocen numerosas estaciones que han proporcionado restos líticos pre-colombinos (Folsom, Sandia, Scottsbluff, Yuma, Plainview, etcétera) minuciosamente descritos y muchos de los cuales han sido fechados gracias al C¹⁴. He aquí algunos ejemplos por orden de antigüedad:

Lewisville, Texas	más de 38 000 años
American Falls, Texas	más de 30 000
Isla de Santa Rosa, California	29 600 ± 2 500
Tule Springs, Nevada	más de 28 000
La Jolla, California	21 500 ± 700
Naco, Arizona	11 200 ± 300
Hell Gap, Wyoming	10 850 ± 550
Lindemeir, Colorado	10 780 ± 375
Modoc Rockshelter, Illinois	10 651 ± 650
Gypsum Cave, Nevada	10 455 ± 340
Brewster Site, Wyoming	10 375 ± 700
Lubbock Site, Texas	9 883 ± 350
Plainview Site, Texas	9 800 ± 500
Lime Creek Site, Nebraska	9 524 ± 450
Agate Basin, Wyoming	9 350 ± 450
Fort Rock Cave, Oregon	9 050 ± 350
Allen Site, Nebraska	8 274 ± 500

Son peculiares de Norteamérica ciertos artefactos líticos llamados genéricamente "puntas", aunque sus características y técnica de construcción difieren grandemente; su denominación corresponde casi siempre al lugar o estación del hallazgo: punta Sandía, punta Folsom acanalada, punta Clovis, punta Midland (o Folsom sin acanalar), punta Plainview, punta Scottsbluff, punta Eden, punta Brown Valley, cuchillo Cody, etcétera. Las figuras 64, 65 y 66 muestran algunas de estas formas características.

b) En México hasta hace pocos años se carecía de materiales y trabajos que confirmaran la presencia del hombre en periodos positivamente prehistóricos; y ello a pesar de que desde la segunda mitad del siglo XIX se recogieron y describieron instrumentos líticos considerados de gran antigüedad. Se disponía, como pertenecientes al pleistoceno, de: los 6 artefactos líticos asociados al mamut de

⁸ Amplísima información cronológica en Krieger, *Early Man in the New World*. Jennings & Norbeck (editors), 1964, pp. 23-81.

Santa Isabel Iztapan (1952) en capas de la formación Becerra del Valle de México, y a los cuales se calcula edad aproximada de 10 000 años; además, se recogieron en 1949, en Tequixquiac, dos puntas una de sílex y otra de hueso labrada artificialmente, junto con fósiles pleistocénicos y en la formación Becerra superior que, como ya indicamos, corresponde al pleistoceno superior, sin que hasta el momento se haya determinado fecha aproximada. Las excavaciones de MacNeish a partir de 1958 en distintas estaciones de los Estados de Tamaulipas y Puebla (México) pusieron en evidencia diversos complejos culturales cuya determinación cronológica dio para la Cueva del Diablo $9\ 270 \pm 500$ a.C., para Infiernillo $8\ 400 \pm 450$ a.C.; para la fase Ajuereado, en Tehuacán, se han calculado 7 000 a.C.

c) En las cercanías de Coro (localidades El Jobo y Muaco), al noroeste de Venezuela, se ha recogido una industria lítica sumamente tosca, asociada con restos de fauna extinguida; con el Carbón 14 se han obtenido fechas de $14\ 250 \pm 500$ y $16\ 375 \pm 300$ a.C.

d) Los artefactos y restos culturales recogidos en los abrigos rocosos de Lagoa Santa (Brasil) han dado una antigüedad de $10\ 024 \pm 127$ a.C.

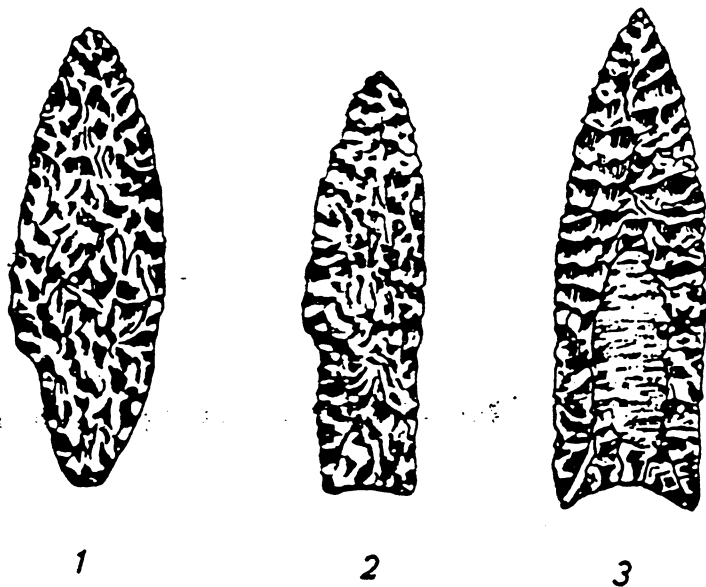


Fig. 64. Puntas líticas norteamericanas. 1 y 2 = tipo Sandia; 3 = tipo Clovis (según Wormington)

e) En las terrazas de Lauricocha, nacientes del Marañón, alto Perú, se han encontrado restos líticos correspondientes a culturas de tipo pre-cerámico, y también restos óseos, de antigüedad entre 9 475 y 8 550 a.C. Y las excavaciones de Engel en 1965, sobre todo en la zona de Chilca (Perú), proporcionaron restos óseos y materiales arqueológicos también pre-cerámicos, con fecha entre $10\ 030 \pm 170$ y $6\ 150 \pm 120$ antes del presente (*Current Anthropology*, vol. 10, p. 225, 1969).

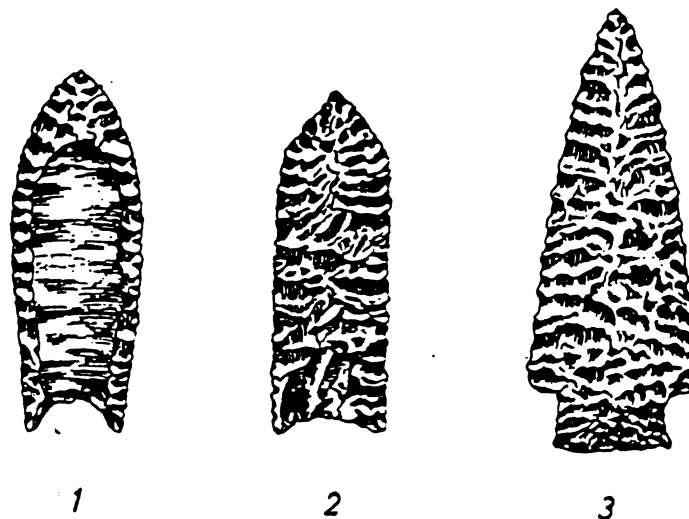


Fig. 65. Puntas líticas norteamericanas. 1 = tipo Folsom; 2 = tipo Plainview; 3 = tipo Scottsbluff (según Wormington)

f) En la región de Tandil, Argentina, fueron exploradas por Menghin y Bórmida (1950) las grutas del Tigre, del Oro y Margarita, reuniéndose una industria lítica de lascas, con caracteres muy primitivos de tipología paleolítico inferior,⁶ pero de antigüedad entre los milenios vi y v a.C. La gruta de Intihuaesi, provincia de San Luis (Argentina), explorada por Rex González, proporcionó una industria lítica en niveles pre-cerámicos que dicho autor designa como de tipo *Ayampitin*,⁷ y que ha sido fechada en $8\ 068 \pm 95$ a.C.

⁶ Menghin estableció una nueva nomenclatura para las épocas prehistóricas. La damos a continuación, con sus equivalentes de la nomenclatura clásica, a fin de evitar confusiones en el lector: Protolítico (Paleolítico inferior), Micolítico (Paleolítico superior), Epimicolítico (Mesolítico).

⁷ Nombre de una pequeña llanura en la Pampa de Olaen, provincia de Córdoba (Argentina), donde se efectuaron hallazgos de una cultura pre-cerámica, con puntas líticas peculiares.

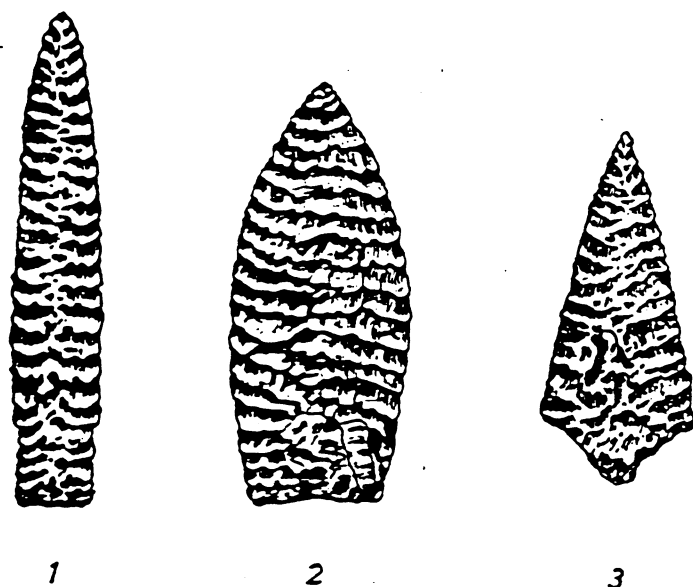


Fig. 66. Puntas líticas norteamericanas. 1 = tipo Eden; 2 = tipo Brown Valley; 3 = tipo Gypsum Cave (según Wormington)

g) Estudiados por Menghin desde 1952 y ampliamente descrito por Schobinger (1969, pp. 96-98) tenemos el complejo cultural *Riogalleguense*, en las altas terrazas del río Gallegos en el sur de Patagonia; su morfología lítica corresponde al paleolítico inferior; su fase más antigua se fecha entre 10 000 y 7 000 a.C.

h) En algunas cuevas de Los Toldos, provincia de Santa Cruz, al sur del río Deseado, se ha localizado la llamada cultura *Toldense*, de tipo paleolítico superior, con puntas "cola de pescado", fechada entre 9 000 y 7 000 a.C. Como veremos a continuación sus autores introdujeron cierto estilo de arte rupestre en la Patagonia (Schobinger, 1969, pp. 108-120).

i) En las excavaciones de G. Mostny en Tagua, a unos 170 km. al sur de Santiago de Chile, se obtuvo copioso material lítico, trabajado unifacialmente y unido a fauna pleistocénica; su fechamiento por C_{14} dio $11\ 380 \pm 320$, antes del presente (*Current Anthropology*, vol. 9, pp. 214 y 544, 1968).

j) En la cueva de Pali Aike (Patagonia meridional) recogió Junius Bird en 1938 instrumentos líticos junto con restos humanos y de animales extinguidos; la fecha obtenida con el C_{14} fue de $8\ 639 \pm 400$ años a.C. Dicho investigador exploró en la misma

época y región la cueva de Fell, logrando establecer 5 niveles prehistóricos cuya cronología es de $10\ 720 \pm 300$. La ocupación humana en la cueva de Eberhardt o del Milodonto, al sur de Chile, corresponde a $10\ 782 \pm 400$.

En distintos yacimientos del Nuevo Mundo, pero especialmente en Patagonia meridional, Viscachani (Bolivia) y Lauricocha (Perú) se han recogido numerosos artefactos líticos que desde el punto de vista tipológico pudieran adscribirse al Paleolítico inferior pero que, cronológicamente, son mucho más modernos o no pueden fecharse por haber sido recogidos en superficie, sin estratigrafía. Queremos insistir sobre el hecho de que debe distinguirse claramente lo "tipológico" y lo "cronológico"; y en este sentido es muy acertada la opinión de Menghin cuando dice que tales hallazgos —en los casos que ha sido posible fecharlos— corresponden cronológicamente al miolítico tardío y epimiolítico.

Arte rupestre

Desde el siglo pasado se conocen pinturas y petroglifos en abrigos y cavernas.⁸ Los recientes trabajos de Menghin sobre Patagonia y el de Bosch-Gimpera esbozando un panorama continental,⁹ son recomendables para quien desee iniciarse en este tema.

La importancia que han adquirido los descubrimientos del arte rupestre en América se patentiza por la celebración periódica de Simposios Internacionales de Arte Rupestre Americano. El primero en Mar del Plata, Argentina (septiembre de 1966); el segundo en Huánuco, Perú (agosto de 1967) y el tercero en Mexicali y Hermosillo, México (abril de 1970). Las actas de estas reuniones proporcionan un importantísimo material en torno a sus posibles interpretaciones.¹⁰

El mapa de distribución del arte rupestre americano abarca ya todo el continente; desde Alaska a Patagonia se distribuye a través del tiempo, con gran diversidad de técnicas y estilos. Menghin ha esbozado una clasificación de acuerdo con las motivaciones:

⁸ Por ejemplo, la obra de Garrick Mallery, *Picture-writing of the American Indians*. Tenth Annual Report of the Bureau of Ethnology. Washington, 1893. 822 pp. y 1 290 figuras.

⁹ Menghin, O. F. A. "Las pinturas rupestres de la Patagonia." *Runa*, vol. 5, pp. 5-22, con 5 láminas. Buenos Aires, 1952.

Menghin, O. F. A. "Estilos del arte rupestre en Patagonia." *Acta Preahistorica*, vol. 1, pp. 57-87, con 28 figuras. Buenos Aires, 1957.

Bosch-Gimpera, P. "El arte rupestre en América." *Anales de Antropología*, vol. 1, pp. 29-45 y 18 figuras. México, 1964.

¹⁰ *Actas y Memorias del 37 Congreso Internacional de Americanistas*, vol. II, pp. 371-503. Buenos Aires, 1968 (12 colaboraciones).

Pendientes de publicación los trabajos de los dos últimos Simposios.

Estilo I, es el grupo más antiguo de pinturas americanas, y se le conoce como estilo de *negativos*. Comprende impresiones negativas o positivas de manos y pies en color rojo o negro; y son contemporáneas de la cultura de los cazadores paleolíticos de Patagonia; por su hallazgo en el Cañadón de las Cuevas, de la estancia de Los Toldos (terrazzo argentino de Santa Cruz), se las adscribe a la cultura *Toldos I*, fechada entre 9 000 y 8 000 a.C. A este estilo y técnica se atribuyen otros muchos ejemplos en otros países americanos, incluso Estados Unidos.

Estilo II o de *escenas*, con pinturas seminaturalísticas con representaciones de series de *guacamacos*, escenas de caza y de baile, figuras aisladas de animales y hombres enmascarados y danzantes de un estilo más o menos *naturalista*. El conjunto de hallazgos de este tipo lo atribuye Menghin al epimiolítico o sea entre 8 000 y 2 000 a.C.

Estilo III o de *pisadas*, en el que aparece la técnica de grabado; rastros de animales, de un *gan* felino (puma, jaguar), del guanaco y del avestruz; líneas onduladas que se consideran rastros de serpiente; figuras esquemáticas de cuadrúpedos y además signos simbólicos de carácter *geométrico*, etcétera. Se le fecha hacia 2 000 a.C. y aún algo posterior.

Define en fin los estilos IV (de *paralelas*), V (de *grecas*) y VI (de *miniaturas*) cuyo nombre indica el motivo principal utilizado. Lo que Menghin propone a base de los hallazgos en Patagonia se hace extensivo al resto del continente, por lo menos como hipótesis de trabajo. Tanto Menghin como Bosch-Gimpera establecen comparaciones con el arte rupestre del Viejo Mundo. ¿Convergencia? ¿Difusionismo? No es el momento de tratar esta cuestión. Recordemos lo dicho por Lhote acerca de posible difusión del arte rupestre entre las regiones septentrional y meridional de África. Ahora parece lógico mantener una *castela* parecida; y pese a que Bosch-Gimpera se inclina hacia una explicación difusionista del arte rupestre, hacemos nuestra la frase con que termina su trabajo: "La mentalidad de los cazadores paleolíticos implica la necesidad de las representaciones rupestres como punto de apoyo de sus ritos de magia y caza y ello puede explicar una base común de tradiciones que se propagan por las regiones por las cuales se extendieron aquellos hombres. Por leyes inmanentes de evolución se llega a una *convergencia* de resultados, aún después de que sus grupos se separaron yendo a parar a lugares distantes y que en tiempos post-paleolíticos ya no habrán estado relacionados."¹¹

¹¹ Trabajo citado en la nota 5, página 39.

Estas sumarias informaciones de tipo cultural son suficientes para evidenciar, sin la menor duda, que el hombre pleistocénico vivió en América del Norte por lo menos desde la primera mitad del Wisconsin; y en la parte más meridional de América del Sur a partir del noveno milenio a.C. En consecuencia, puede afirmarse que las primeras inmigraciones fueron anteriores a dichas épocas.

Aparición de la agricultura

Los primitivos habitantes de América, con su cultura de cazadores-recolectores, fueron nómadas; su paso a la vida sedentaria como consecuencia de la domesticación de plantas y animales fue resultado de una evolución lenta. Se conocen estaciones prehistóricas cuyos niveles arqueológicos muestran cómo el cultivo de plantas se inició complementando la caza y la recolección de especies silvestres. Por ejemplo, en *La Perra* (Tamaulipas, México) vivieron hacia 2 500 a.C. gentes de economía mixta cuya alimentación consistía en plantas silvestres (76%), caza (15%) y sólo 9% de plantas cultivadas, tales como calabaza (*Cucurbita moschata*) y maíz (*Zea mays*).

Pero se conocen otras estaciones más antiguas con cultivo incipiente; por ejemplo, en el cañón del *Infiernillo* (también en Tamaulipas) con fechamiento de 7 500 a 5 500 a.C., se localizó una cultura de cazadores-recolectores que al mismo tiempo cultivaban ya la calabaza, el chile y el frijol; pero no el maíz. La conocida como fase primitiva de *Ocampo* (Sierra Madre, México) ofrece materiales de una agricultura incipiente entre 4 500 y 2 500 a.C. Y en la misma región la fase *Nogales* ha proporcionado evidencias agrícolas entre 5 000 y 3 000 a.C.

En la zona de Tehuacán (Puebla, México) el grupo de investigadores dirigido por MacNeish ha recogido testimonios fehacientes de agricultura entre 6 000 y 5 500 a.C. (Ajuereado, Cozcatlán, El Riego, etc.)¹²

Por lo que se refiere a la zona andina se han localizado complejos culturales con agricultura en *Huaca Prieta*, *Nazca*, *Paracas*, *Chilca*, etcétera, entre 4 700 y 3 000 a.C.¹³

¹² Armillas, P. *Northern Mesoamerica*. En Jennings & Norbeck, 1964, pp. 291-329.

MacNeish, R. S. "Recent Finds Concerned with the Incipient Agriculture stage in Prehistoric Mesoamerica." *Homenaje a Pablo Martínez del Río*, pp. 91-101. México, 1961.

¹³ Kaplan, L. "Archeology and domestication in American Prehistory." *Actas y Memorias del 37 Congreso Internacional de Americanistas*, tomo 2, p. 509. Buenos Aires, 1968.

Los niveles agrícolas en Bat Cave (Nuevo México, Estados Unidos) dieron la fecha de 3 300 a.C.

En la última parte de este capítulo, al hablar de difusionismo y paralelismo culturales, hacemos referencia más concreta a las plantas cultivadas en el Nuevo Mundo, así como a la aparición de la metalurgia.

El estudio de lo que en América se denomina etapa protoagrícola con la aparición de la cerámica, hacia 1 250 a.C. (tanto en la región andina como en Mesoamérica), y el desarrollo posterior de las altas culturas americanas excede de los límites de una *Introducción a la prehistoria general*, y corresponde más bien a cursos especializados de historia precolombina o de arqueología americana.

2. Restos humanos prehistóricos

Veamos ahora algunos testimonios óseos que confirman la existencia del hombre prehistórico en el Nuevo Mundo; eliminando desde luego los hallazgos que la crítica objetiva descarta por carencia de seguridad cronológica y estratigráfica.

Los restos de *Minnesota Man* (aunque se trata de una mujer) descubiertos cerca de Pelican Rapids en 1931, fueron descritos por A. E. Jenks como *Homo sapiens*, de características mongoloides, correspondiente a capas de pleistoceno superior. Hubo desde el primer momento discrepancia respecto a si los restos estaban *in situ* o si había intrusión, en cuyo caso se trataba de un entierro moderno. El principal contradictor fue Hrdlicka, pero también E. Antevy; por el contrario, E. Hooton, K. Bryan, P. MacClintock y otros reconocen la antigüedad pleistocénica de *Minnesota Man*; pero el problema sigue en pie.

Con el *Brown Valley Man* (Minnesota), descubierto en 1933 junto con artefactos líticos y descrito más tarde por A. E. Jenks, ocurrió lo mismo que con el hallazgo anterior: mientras unos lo consideran de una época que se remonta a los 10 a 12 000 años, en realidad se trata de un cráneo y algunos fragmentos del esqueleto sin características diferenciales respecto al hombre actual, y de edad dudosa, posiblemente postglaciar.

En Florida, localidad de Vero, se encontraron en 1916 restos humanos en asociación con fósiles extinguidos; entre 1923-25 se hallaron otros en condiciones similares en la cercana localidad de Melbourne. Ambos hallazgos han sido descritos por Sellards. La controversia sobre la edad de los yacimientos se inició desde el primer momento, y poco a poco se han ido reconsiderando las pri-

meras y opuestas opiniones. Stewart en 1946 estudió de nuevo el cráneo de Melbourne; más tarde Heizer y Cook dieron a conocer el contenido de fluorina en dichos restos humanos comparados con el de mamut y caballo fósil del mismo yacimiento; y concluyen diciendo textualmente:

Los datos, hasta donde alcanzan, son bastante convincentes, y parece, en consecuencia, que los restos humanos tienen la misma antigüedad que los de los mamíferos extinguidos. Por lo tanto, o el hombre de Melbourne es verdaderamente del pleistoceno, o nuestro método basado en la fluorina da resultado erróneo.

No hay motivo para dudar del método de la fluorina y por lo tanto, debe aceptarse la contemporaneidad del hombre de Melbourne con los animales fósiles asociados; ello está aparentemente en contradicción con las conclusiones de Rouse, quien concede a tales restos una antigüedad máxima de 2 000 a.C.; volveremos más adelante sobre el problema de la cronología.

En las proximidades de Midland (Texas) se descubrieron en 1953 fragmentos de un esqueleto humano; fue reconstruido por T. D. Stewart quien lo considera femenino y de unos 30 años; su antigüedad se ha calculado en $8\,679 \pm 600$ a.C. lo cual lo sitúa a fines del Wisconsin, contemporáneo de los mamíferos extinguidos con cuyos restos se encontraba asociado. Pero nuevos estudios utilizando el uranio como técnica de determinación cronológica se orientan a considerar en unos 20 000 años la edad de los restos de Midland.¹⁴

Podríamos citar otras localidades en Estados Unidos, donde se han encontrado restos humanos en distintos niveles geológicos y arqueológicos: Abilene (Texas), Elm Creek Silts (Texas), Cueva Kincaid (Texas), Valverde County (Texas), Bishop's Cap Peak (Nuevo México), Cimarron River (Nuevo México), Torrington (Wyoming), Sauk Valley (Minnesota), etcétera; pero su estudio no aportaría nuevas informaciones sobre la antigüedad del hombre en América, ni tampoco acerca de diferencias somáticas que hicieran sospechar la existencia en nuestro continente de una etapa evolutiva anterior a *Homo sapiens*.

Entre los restos humanos supuestamente fósiles encontrados en México deben citarse:

- a) El hombre del Peñón de los Baños (México) descubierto en 1844; se trata de un adulto, sin ninguna característica física que lo acredite como muy primitivo. Es dudoso.

¹⁴ Wendorf, F., A. D. Krieger et al. *The Midland discovery*. University of Texas Press. Austin, 1955. 140 pp.

- b) La mandíbula infantil de Xico, junto al lago de Chalco, Valle de México; descubierta en 1893. Los datos son insuficientes para poder dictaminar acerca de su antigüedad.
- c) Restos de Ixtlán, Jalisco; encontrados cerca del lago de Chapala; son contemporáneos.
- d) El hombre del Pedregal de San Ángel, Valle de México; también contemporáneo.
- e) El hombre de Tepexpan, descubierto en 1947 por H. de Terra y otros, a 30 km. de la ciudad de México, cerca de la carretera a Teotihuacán; en clara asociación con mamuts fósiles y en capa perteneciente a la llamada formación Becerra superior, que parece corresponder al estadio Mankato de la última glaciación. Se calcula su edad entre 9 000 a 10 000 años a.C. Presenta características de *Homo sapiens* y posiblemente se trata de una mujer.
- f) Las exploraciones de MacNeish en Tehuacán dieron como resultado el hallazgo de fragmentos de diversos esqueletos; su fechamiento ~~alcanza~~ entre 9 000 y 7 000 años.

Lagoa Santa. Este hallazgo tuvo, hace más de un siglo, gran repercusión en la historia del poblamiento de América. En el Estado de Minas Gerais (Brasil) abundan las cavernas y una de éstas llamada Sumidouro, cerca de Lagoa Santa, fue estudiada por P. W. Lund, quien entre 1835-44 extrajo restos humanos pertenecientes a unos 30 individuos; estaban asociados a fauna tanto de especies extinguidas como actuales. El propio descubridor afirmaba que los cráneos de Lagoa Santa eran de *Homo sapiens*. La mayor parte de este material se envió a Copenhague, donde fue estudiado estableciéndose la denominada raza de Lagoa Santa, cuya característica más peculiar era ~~ser~~ cráneos altos y alargados. Habiéndose comprobado más tarde que tales restos habían sido removidos por las aguas, fueron perdiendo la importancia que en un principio se les concedió por estar en directa relación con especies extinguidas, sobre todo después de descubrirse muchos otros restos humanos asociados también a mamíferos desaparecidos.

En la misma región de Lagoa Santa, en la cueva llamada *Lapa da Confins*, se descubrió (1933-37) parte de un esqueleto adulto, extendido sobre el suelo, a 2 m. de profundidad, bajo una capa estalagmítica que garantiza su antigüedad; el esqueleto, asociado también a restos de fauna extinguida, no presenta ningún rasgo especial de primitividad: de cráneo muy alargado, alto, de forma piramidal, prognato y con bóveda palatina elíptica, resulta muy semejante al tipo medio de Lagoa Santa. En cuanto a su cronología, parece corresponder a fines del pleistoceno.

En las proximidades de *Puntín* (Ecuador) fue recogido en 1923, entre capas de cenizas volcánicas, un cráneo de cronología incierta; se considera que presenta características similares a los de Lagoa Santa.

En 1943 describió A. Castellanos el hallazgo en la *Cueva de Candonga* (Córdoba, Argentina) de una calota infantil junto con restos fósiles de animales extinguidos; dice el autor que se encontraban en la formación geológica *bonaerense superior*, que llama también *lujanense*, y desde luego sus características son de *Homo sapiens*; el problema radica en la discrepancia entre los geólogos en cuanto a la cronología de los estratos pampeanos; en todo caso los restos corresponderían como máxima antigüedad a la última glaciación.

Tampoco aquí, como señalamos para América del Norte, parece necesario dar una relación exhaustiva de estaciones arqueológicas y prehistóricas que han proporcionado restos humanos siempre de *Homo sapiens* y sin ninguna certidumbre cronológica.¹⁵

Lo anterior muestra que para determinar la mayor o menor antigüedad prehistórica de los restos humanos fósiles de América, y a falta muchas veces de una estratigrafía precisa, se ha recurrido con gran frecuencia a señalar su contemporaneidad con especies de grandes mamíferos extinguidos y considerados como pleistocénicos. El hecho es cierto, pero los estudios realizados por geólogos y paleontólogos en todo el continente parecen coincidir en que tales especies no desaparecieron al finalizar el pleistoceno, como ocurrió en Europa con géneros similares, sino que sobrevivieron en la primera parte del postglaciar; en consecuencia, no hay que "envejecer" los hallazgos humanos, sino más bien "rejuvenecer" los animales fósiles asociados.

Este hecho permite en muchos casos aunar apreciaciones cronológicas aparentemente dispares; tal sería el caso, por ejemplo, de las conclusiones a que llegaron Heizer-Cook y Rouse en cuanto a los restos de Melbourne (Florida), a las que hemos hecho referencia.

La información que antecede prueba que si bien el poblamiento de América no es tan reciente como se creyó en cierta época, tampoco se remonta mucho en el pleistoceno: hasta el momento 40 000

¹⁵ McCown, Theodor. *The Antiquity of Man in South America. Handbook of South American Indians*, vol. 6, pp. 1-9. Washington, 1950.

McCown, Theodor. *Ancient Man in South America. Indian Tribes of Aboriginal America*, edited by Sol Tax, pp. 374-79. Chicago, 1952.

Stolyhwo, K. *The Antiquity of Man in the Argentine and the survival of South American Fossil Mammals until contemporary times. Indian Tribes of Aboriginal America*, edited by Sol Tax, pp. 353-60. Chicago 1952.

años como máximo. En términos europeos ello significaría el segundo interestadio del *Würm*, o sea el paleolítico superior, caracterizado precisamente por la aparición del *Homo sapiens*. Y en América los restos óseos conocidos pertenecen, sin excepción, a nuestra especie contemporánea. Como señala acertadamente H. V. Vallois, el estudio del llamado hombre fósil americano corresponde más bien al antropólogo físico que al paleontólogo propiamente dicho.

3. El origen del hombre americano

Si, como vimos al comienzo de este capítulo, el hombre no ha podido ser autóctono del continente, vamos a descartar desde luego la opinión de Ameghino al que nos hemos referido antes. Trataremos pues de aquellas hipótesis más generalizadas respecto a la procedencia y camino seguido por los inmigrantes prehistóricos que poblaron el Nuevo Mundo.

A. Una primera teoría, ampliamente difundida, cuyo principal defensor fue Hrdlicka, sostuvo que el amerindio es asiático, que fueron exclusivamente mongoles los inmigrantes llegados a través del estrecho de Bering como única vía de acceso, en épocas distintas, en sucesivas oleadas que poblaron América en toda su extensión. Las variaciones morfológicas existentes entre los diversos grupos aborígenes se explicarían como resultado del distinto grado de evolución biológica de cada una de las migraciones llegadas a América por el noroeste asiático y, en parte, también por influencias ambientales en sus nuevos y distintos *habitats*.

Tal concepción se basa en la hipotética existencia del *indio americano medio*, concepto completamente subjetivo expuesto ya por Morton en 1842, que Hrdlicka utilizó como tipo representativo en su comparación con los habitantes del Asia oriental y septentrional a fin de establecer la semejanza racial que a su juicio existe entre ambos.

He aquí las principales características en que Hrdlicka apoyaba la unidad racial del amerindio:

Piel amarilla; cabello negro, grueso y rígido; pilosidad reducida; sin olor apreciable para el blanco; pulso lento; volumen craneal ligeramente menor que en el blanco; paredes craneales algo menos gruesas que en el blanco; ojos oscuros; conjuntiva azulosa en el niño, blanca en el adolescente y amarillo sucio en el adulto; ángulo externo del ojo algo más alto que el interno; puente nasal bastante prominente; nariz robusta, con frecuencia aquilina en el hombre; mesorrinia; región malar proyectada hacia los lados; boca y pa-

ladar anchos; labios más gruesos que en el blanco; prognatismo medio entre el blanco y el negro; mentón con frecuencia cuadrado, más voluminoso y menos saliente que en el blanco; dientes más fuertes que en el blanco; la cara interna de los incisivos superiores presenta como carácter racial específico una concavidad rodeada de un reborde, que se conoce como "dientes en pala" (*shovel-shaped*); pabellón auricular más bien grande; cuello siempre grueso; tórax más profundo que en el blanco; senos cónicos; sin desproporción entre anchura de la pelvis y de los hombros, como ocurre en el blanco; curvatura lumbar moderada, sin esteatopigia; miembros inferiores más gráciles que en el blanco; músculos de la pierna más delgados que en el blanco y el negro; como signo importante de unidad racial: las relaciones radio-humeral y cruro-femoral son idénticas en todo el continente, manteniéndose además equidistantes entre las de blancos y negros.

Esta definición del llamado *indio americano medio* se basa en caracteres de pigmentación y tegumentarios cuya importancia racial es muy relativa, o en generalizaciones que en ningún caso se han podido probar estadísticamente; en cambio, se olvidan diferencias esenciales que afectan a la construcción general del esqueleto y del cráneo: estatura, índices cefálicos horizontal y vertical, facial, esquelico, orbitario, etcétera.

Si se generalizara la doctrina de Hrdlicka resultaría que todos los europeos, por el hecho de ser blancos, tener pelo ondulado, carecer de prognatismo y poseer nariz meso o leptorrina, serían de la misma raza; y que todos los negros de África por su piel oscura, pelo crespo y nariz platirrina, también pertenecerían al mismo grupo. Sin embargo, no hay un solo antropólogo que deje de reconocer la existencia de razas distintas, tanto en Europa como en África. La gran variabilidad somática del amerindio es evidente.

Una vez descartada la posición extrema de Hrdlicka, debemos señalar algunos de los criterios que propugnan la presencia en América, desde tiempos muy remotos, de grupos humanos heterogéneos con posibles distintas procedencias.

B. Para Rivet la población indígena del Nuevo Mundo es el resultado de cierto número de migraciones, unas hechas por el estrecho de Bering (elementos mongol y esquimal), y otras a través del Océano Pacífico (elementos australiano y malayo-polinésio). Desde luego hay acuerdo unánime en cuanto a la presencia de mongoles en América; constituyen indudablemente el contingente más numeroso, el de mayor preponderancia y su llegada se efectuó en distintas etapas, por el noroeste. Lo mismo puede decirse del tipo esquimal, aunque inmigrado posteriormente.

D. Montandon, por su parte, expuso en 1933 su propia concepción. La isla de Pascua, situada en pleno océano, a distancia aproximadamente igual de Polinesia y de las costas chilenas, posee restos de monumentos ciclópeos ~~construidos~~ por antepasados de los polinesios; ello implica la existencia de una organización social con directores de trabajos, ~~esclavos~~ y obreros; estos últimos posiblemente esclavos. Ahora bien, antes de esclavizar a individuos de su propia raza, ¿por qué los polinesios —como han hecho otros pueblos— no pudieran haberlos buscado entre sus vecinos más débiles o salvajes? Para estos ~~excelentes~~ navegantes debía ser fácil ir hasta Australia; por lo tanto, —dice nuestro autor— los australoides llegaron a la isla de Pascua y a las costas americanas en piraguas de los malayo-polinesios, pero no libremente, sino en calidad de esclavos. Los polinesios quizá arribaron hasta el litoral americano en busca de los materiales necesarios para sus construcciones, y en alguno de estos viajes ~~pusieron~~ los esclavos escapar quedándose en las nuevas tierras. Parece —continúa Montandon— que la craneología de la isla de Pascua no se opone a esta teoría; y no hay que olvidar, por otra parte, que los 3 200 km. entre Pascua y Chile pueden recorrerse por etapas gracias a las islas intermedias de Sala y Gómez, San Félix, San Ambrosio, y J. Fernández.

En todo caso no se puede —como hacen algunos autores— rechazar definitivamente la teoría de Montandon tachándola de inverosímil, ya que históricamente han ocurrido hechos muy semejantes con pueblos primitivos que, sin conocimientos ni medios de navegación, han atravesado el Atlántico como esclavos de otros grupos raciales más civilizados. ¿Cómo podría explicarse, dentro de 10 a 15 000 años, la presencia de negros en América desde el siglo XVI (en el supuesto hipotético de que se careciera de toda información escrita), sabiendo que no poseían embarcaciones adecuadas ni conocimientos náuticos para realizar tal travesía, sin recurrir a la hipótesis de la esclavitud y al transporte en naves de los blancos?

Cualquiera de ambas tesis (de Mendes Corrêa o Montandon), aun con todas las reservas necesarias, parece más concebible y verosímil que el pretendido viaje terrestre que Imbelloni supone realizaron los elementos austrálo-tasmanoides, remontando la costa asiática, pasando el estrecho de Bering y descendiendo después hasta la extrema zona meridional de América del Sur.

E. Hipótesis de Heyerdahl. En 1947, junto con 5 compañeros, realizó la travesía desde el Callao (Perú) hasta el atolón de Raroia, archipiélago Tuamotu (Polinesia) en una balsa construida exclusivamente con materiales de los bosques peruanos, sin ningún

elemento de lo que pudiéramos calificar de cultura occidental. Esta hazaña dio motivo al viajero para exponer su creencia: no fueron los pueblos del sureste de Asia y de Oceanía los que de algún modo poblaron América, sino que los habitantes de Polinesia llegaron a esta región procedentes de América del Sur, y que los primitivos amerindios tenían cutis blanco, ojos claros, estatura elevada, nariz larga, cabello color castaño y poseían barba; y que esta raza caucasoide es anterior en América a los amerindios encontrados por los conquistadores en los siglos XV y XVI, los cuales llegaron al Nuevo Mundo por Bering.¹⁷

Distintos autores han analizado, criticado y rechazado todos los argumentos dados por Heyerdahl (Josselin de Jong, Heine-Geldern, Rydén, Métraux, Skottsberg, Imbelloni, etcétera). Lo único que resta en pie es la posibilidad de atravesar el Pacífico con medios de navegación primitivos; pero en modo alguno que ello se haya hecho forzosamente en tiempos pre-colombinos de este a oeste; las corrientes marinas y los vientos alisios, según la latitud y la época del año, pueden ser utilizados en uno u otro sentido.

F. Debemos mencionar también la sugestiva teoría expuesta por Cotteville-Giraudet (1928) acerca de la inmigración de un elemento caucasoide, tipo Cro-magnon, que explicaría el poblamiento del noreste norteamericano. Sostiene dicho autor (sin negar la inmigración de elementos humanos desde Asia y Oceanía) que existe identidad somética entre los llamados "pieles rojas" y la raza Cro-magnon europea: estatura elevada, cráneo alargado y pentagonoide, frente alta y abombada, cara ancha y corta, pómulos salientes, nariz medianamente estrecha y en general aguileña, mentón acentuado, color moreno y pelo negro, etcétera; y recuerda que otros antropólogos habían señalado ya tal similitud. Cotteville-Giraudet opina que "únicamente con tal hipótesis es posible comprender la constitución racial de Norteamérica"; y rememora, además, que Verneau afirmaba: "la fisonomía de los pieles rojas cherokees no se distingue de la de los europeos, con excepción de la nariz aguileña". En cuanto a posibilidades paleogeográficas del paso de un grupo humano Cro-magnon de Europa a América a fines del pleistoceno, piensa el mencionado investigador que pudo ser factible por vía marítima, haciendo escalas en Escocia, Hébridas, Orcadas, Shetland, Feroe, Islandia, Groenlandia, Baffin y Labrador. En todo caso su afirmación es rotunda: El indio piel roja norteamericano procede de Europa; y para ello junto a los argumentos de

¹⁷ Heyerdahl, Thor. *American Indians in the Pacific: the theory behind the Kon-Tiki expedition*. London, 1952. 835 pp.

orden anatómico, geográfico y biológico expuso otros de carácter etnográfico, tratando de probar el origen común del arte y demás elementos culturales de los "pieles rojas" y de los hombres del magdaleniense europeo.

Aparentemente esta explicación no tuvo favorable acogida entre antropólogos y prehistoriadores; pero recientemente un arqueólogo norteamericano, E. F. Greenman, ha tratado de establecer relaciones etnográficas, supuestas analogías, entre ciertas tribus del este de los Estados Unidos y los hombres del paleolítico superior del oeste europeo.¹⁸ Ello ha motivado una amplia discusión y el resurgimiento de la tesis de Cotteville-Giraudet a los 25 años de haberla sugerido. Cualquiera que sean los resultados a que se llegue con esta revisión, debemos dejar constancia de que esa posible inmigración de grupos humanos a América, no descarta en modo alguno el ingreso de los mongoloides procedentes de Asia.

G. Se debe a J. Imbelloni, desde 1937, un replanteamiento del problema de los orígenes del hombre americano utilizando sus propias investigaciones pero recurriendo además a los trabajos taxonómicos de Sergi, Biasutti y Eckstedt.

Afirma —y en ello coincide con Rivet— que no es posible comprender la historia precolombina de América (en sus aspectos somático, cultural, social, técnico y artístico) si no se tiene en cuenta la aportación de los pueblos del sureste asiático y se quiere hablar únicamente de mongoles.

Admite la inmigración de siete distintos tipos humanos: tasmanoide, australoide, melanesoide, protoindonesio, indonesio, mongoide y esquimal, en la siguiente forma:

a) Un contingente de dolicoide de baja estatura, tipo somático tasmanoide, provisto del primitivo conjunto patrimonial de la cultura tasmania, sin instrumental de piedra; en el momento en que dicho tipo físico y cultural dominaba la costa oriental de Asia, se expansionó, por vía terrestre, hacia América; ocupa ahora los límites más lejanos, arrinconado en las extremidades continentales y constituye el grupo de los fueguinos, vivientes o extinguidos (como en la costa chilena y en California).

b) Un contingente dolicoide de muy alta estatura, comparable al australoide, con cultura de cazadores inferiores (luego transformada por el *horse complex*, tanto en las praderas del norte como en las Pampas); su ingreso al continente fue también terrestre.

¹⁸ Greenman, E. F. "The Upper Palaeolithic and the New World." *Current Anthropology*, vol. 4, pp. 41-91; vol. 5, pp. 321-324. Chicago. 1963 y 1964.

c) Un contingente melanesoide, ultradolicocéfalo y de baja estatura, con cultura en parte de recolectores; su núcleo más perdurable ha vivido en el altiplano oriental del Brasil; su inmigración fue también terrestre.

d) Un contingente protoindonesio, débilmente dolicoide y de poca talla, cuya cultura se sitúa entre el tejedor y agricultor de Melanesia y el cazador de cabezas de Borneo; sus instituciones sociales, sus modalidades artísticas, armas y canoas se encuentran dominando la Amazonia; su vía de entrada fue marítima.

e) Un contingente más intensamente mongolizado, de estatura media y braquicéfalo, representado por los pueblos del altiplano andino; portadores de la agricultura superior o intensiva y de las instituciones patrilineales.

f) Un contingente netamente indonesio, de poca talla, ultrabraquicéfalo, de piernas proporcionalmente cortas, provisto de cultura artística relativamente alta. Se le encuentra dominando en el área ístmica, aunque su presencia se observa en gran parte de América; su carácter social más saliente es la creación de verdaderos Estados.

g) Contingentes posteriores y recientes, entre los cuales sobre todo los esquimales, que, pese a encontradas opiniones, parecen proceder de Siberia, aunque no está descartada totalmente la tesis de Birket-Smith y Steensby, que los consideran autóctonos de la zona septentrional de América del Norte.

Para Imbelloni estos siete grupos raciales son el origen de 11 tipos amerindios que describe como existentes en el Nuevo Mundo.

La explicación dada por este autor con criterio polirracista ha sido ampliamente difundida y también criticada, ya que supo presentar una base de discusión de positivo interés, aunque en el futuro sea necesario, al disponer de más amplias informaciones somáticas, rectificar algunas de sus conclusiones. Entre quienes con mayor objetividad han analizado la posición de Imbelloni y ofrecido nuevas concepciones vamos a citar a Newman y Birdsell.

H. Después de hacer un minucioso examen crítico e interpretativo de los materiales disponibles (osteológicos y somáticos) en América del Sur, Newman (1951) considera que el trabajo de Imbelloni es una síntesis basada en informaciones antiguas e incompletas; y que al recurrir al Viejo Mundo para explicar la heterogeneidad racial de América, se coloca en una posición teórica de muy difícil defensa. Su creencia personal (1953) respecto al poblamiento del Nuevo Mundo es que los variados tipos amerindios no son producto de migraciones asiáticas distintas e inde-

pendientes, sino que la heterogeneidad racial se debe en forma preponderante a la acción ambiental actuando por selección adaptativa.

Newman aplica a la especie humana las reglas ecológicas de Allen y Bergmann según las cuales las sub-especies (o razas) en climas fríos tienen mayor tamaño que las que viven en climas más cálidos y al mismo tiempo las extremidades reducen su longitud. Algunos antropólogos parecen admitir como un hecho comprobado la respuesta adaptativa de la forma humana a las condiciones climáticas, tratando de explicar así la formación y existencia de variados tipos somáticos amerindios. En otro lugar hemos examinado detenidamente este problema;¹⁹ bástenos recordar aquí que especialistas como Mayr (1956), Wilber (1957), Rensch (1960) y Dobzhansky (1960) rechazan esta posible aplicación de las reglas de Allen y Bergmann a la formación de las razas humanas. Y por lo tanto, sin negar la influencia que el ambiente pueda ejercer en un proceso de selección adaptativa de las mutaciones, debe pensarse más bien que la heterogeneidad racial de los aborígenes americanos se debe, por lo menos en gran parte, a la variedad de tipos inmigrados del Viejo Mundo.

I. Por su parte, Birdsell (1951) estudia, a la luz de los elementos somáticos y osteológicos disponibles, no sólo la hipótesis de Imbelloni, sino también las de otros seis antropólogos polirracionalistas en cuanto al poblamiento de América: Taylor, Dixon, Gladwin, Hooton, Count y Weidenreich y que desde luego no coinciden en cuanto a los elementos humanos que se han sumado para crear el tipo amerindio; el resumen de sus conclusiones es: a) No hay pruebas de que en la región oriental asiática haya habido negroides, papúas, melanesios, ni mediterráneos del tronco Caucasoide; por lo tanto, no existe ninguna posibilidad de que tales elementos hayan contribuido al poblamiento del Nuevo Mundo. b) Aceptando la hipótesis de Coon, el tipo mongoloide se desarrolló rápidamente en el noreste de Asia al final del pleistoceno, y el grupo humano de donde se originó poseía características del llamado Cau-

¹⁹ Comas, Juan. *El origen del hombre americano y la Antropología Física*. Universidad Nacional de México, 1961. 54 pp.

Newman, M. T. The application of ecological rules to the racial anthropology of the Aboriginal New World. *American Anthropologist*, vol. 55, pp. 311-27, 1953.

Stewart, T. D. A Physical Anthropologist's view of the Peopling of the New World. *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 16, pp. 259-73, 1960.

Stewart, T. D. y M. T. Newman. An Historical Resumé of the concept of differences in Indian Types. *American Anthropologist*, vol. 53, pp. 19-36, 1951.

casoide arcaico. c) De este caucasoide conocido como "amuriano", derivaron posteriormente los Aino (desplazados hacia Yezo y Kuriles) y los "murrayanos" que emigraron al sureste de Australia. d) América se pobló gracias a una aportación asiática dihíbrida: mongoles y amurianos en un principio y murrayanos más tarde, cuando estos últimos se habían ya independizado racialmente.²⁰

Como prueba de este origen dihíbrido Birdsell aduce el hecho de haber encontrado rasgos amurianos en amerindios vivos: entre los cahuillas del interior de Baja California hay con gran frecuencia elementos somáticos peculiares de este tipo caucasoide arcaico; y lo mismo ocurre entre los yuki y pomo de la costa de California septentrional. Por otra parte, hace observar que el mestizaje murrayano-mongoloide produce híbridos cuyo fenotipo es predominantemente mongoloide.

Aunque este autor no lo dice en forma expresa, suponemos que al descartar del poblamiento de América los grupos oceánicos y limitarse a los del continente asiático, rechaza también todo viaje transpacífico y localiza el paso en forma exclusiva por Bering.

El planteamiento de Birdsell es sugestivo, pero, a nuestro juicio, le falta lo mismo que achaca a los polirracionalistas, es decir, mayor cúmulo de información y material osteológico, somático y genético, en qué apoyar (tanto en Asia oriental como en América) su opinión adversa a la presencia de elementos melanesoides, australoides, etcétera, y su afirmación de que sólo existen mongoloides y caucasoides arcaicos (tipo "amuriano"). Si en realidad el amerindio fuera exclusivamente resultado del mestizaje de mongoloide y "amuriano" o "murrayano", debería tener entre sus elementos serológicos un porcentaje muy alto de *N* y considerable de *B*; pero en realidad presentan menos *N* que cualquier grupo en el mundo. y apenas si algún caso de *B*, con excepción de los esquimales. En otras palabras el mestizaje postulado no explica los hechos conocidos acerca del amerindio, en especial su composición serológica. Mutación y/o selección, han tenido que actuar forzosamente para cambiar las frecuencias génicas, porque lo que se encuentra en el amerindio es algo nuevo, que no está presente en el Viejo Mundo, ni es derivable del mismo por el solo mestizaje.

El descubrimiento en 1954 de otro factor serológico (el llamado factor *Diego*) del que carecen los grupos humanos caucasoide y negroide, siendo en cambio frecuente en mongoloides y amerindios, hizo pensar a algunos antropólogos que ya se disponía de un ele-

²⁰ Birdsell, J. B. The problem of the early peopling of the Americas as viewed from Asia. *Papers of the Physical Anthropology of the American Indian*, pp. 1-68. New York, 1951.

mento fisiológico que permite establecer la definitiva relación filogenética entre las poblaciones del sureste asiático y América precolombina. Pero la realidad es que el factor *Diogo*, a igual que los otros sistemas serológicos (*ABO*, *MN*, *Rh*, etcétera) no aporta solución a la incógnita del origen de los amerindios.

El panorama esquemático presentado en cuanto al cómo y quiénes poblaron el Continente Americano nos permite llegar a ciertas conclusiones: a) no hubo autoctonismo; b) no hubo, ni hay, un tipo amerindio medio; c) no ha habido una preponderante inmigración mongoloide; d) existen dudas y discusiones, no resueltas en la actualidad, en cuanto a cuáles otros grupos humanos contribuyeron al poblamiento de América.

Estamos por nuestra parte muy de acuerdo con Newman en que no es posible llegar a conclusiones decisivas si no se cuenta con más abundante material obtenido con técnicas adecuadas.

Difusionismo y convergencia en la prehistoria americana. Antes de terminar esta breve síntesis acerca de los hombres y las culturas del Nuevo Mundo en su período prehistórico debemos referirnos al problema de si toda la civilización precolombina, con heterogéneas manifestaciones en ámbito continental, se debe a la exclusiva aportación de elementos culturales del Viejo Mundo o si a partir de los primitivos inmigrantes cazadores-recolectores fue evolucionando de manera autónoma e independiente.

Se ha afirmado insistentemente, por ejemplo, que la cultura agrícola de los amerindios fue importada del sureste de Asia; incluso asegurando que el maíz no es autóctono del Nuevo Mundo y que su cultivo se inició en Asia Central.²¹

En páginas anteriores hemos dado fechas de culturas agrícolas incipientes en América correspondiendo al VII milenio a.C., o sea, con antigüedad similar a la que se encuentra en el Cercano Oriente asiático; pero además está comprobado que la gran mayoría de plantas cultivadas en nuestro continente (alimenticias, estimulantes, medicinales) en períodos precolombinos son aborígenes y eran desconocidas en el Viejo Mundo; entre las cuales el maíz, patata o papa, yuca o mandioca, maní o cacahuate, quinua, jitomate, cacao, chile o ají, distintas especies de frijol, calabaza y maguey o pita,

²¹ Ejemplo de quienes propagan la tesis difusionista para explicar el origen y evolución de las culturas americanas tenemos:

Laviosa Zambotti, P. *Les origines et la diffusion de la civilisation*. Payot, editor. Paris, 1949. 460 pp.

Dittmer, Kunz. *Etnología general. Formas y evolución de la cultura*. Fondo de Cultura Económica. México, 1960. 343 pp. (especialmente pp. 209-233).

piña, papaya, mamey, anona o guanábana, quina, coca, tabaco, yerba mate, vainilla, guayaco o palo santo, etcétera.

Se trata sin duda de un proceso evolutivo propio de América, independiente del mismo invento (con otras plantas) efectuado en el Viejo Mundo. Idéntico criterio es aplicable a la metalurgia aborigen americana; como lo prueba, por ejemplo, la utilización del platino, cuando este metal no se conoció en el Viejo Mundo hasta que Antonio de Ulloa llevó muestras en 1739. Y lo mismo cabe decir de otros elementos culturales como son el calendario, la fabricación de papel, la numeración basada en la posición relativa de los valores y el invento del 0 (cero), etcétera.²²

Es un hecho evidente que América ha sufrido en distintas épocas, y desde luego con anterioridad al siglo XV, influencias de Asia y que gracias al proceso de difusión incorporó a su modo de vida elementos culturales de diversos pueblos extra-continetales. Pero no lo es menos que en otros muchos casos los amerindios acrecentaron y mejoraron su cultura gracias a inventos o descubrimientos propios, mostrando convergencia, aunque no dependencia, respecto a rasgos similares de los pueblos no americanos.

Las posiciones extremas de difusionismo y paralelismo para explicar las culturas del Nuevo Mundo son inaceptables; pero tampoco es posible negar ni rechazar totalmente una u otra. Los hechos van demostrando que los rasgos y complejos culturales pueden —y en realidad así ocurre— explicarse por ambos procedimientos, es decir, que en unos casos se deben al difusionismo y en otros muchos se trata de fenómenos convergentes. En el caso concreto de la agricultura hacemos nuestras las palabras de Armillas cuando dice: "debe evitarse caer en generalizaciones basadas en especulaciones, tanto en un sentido de absoluto aislacionismo como de pura y simple derivación asiática. La hipótesis de origen independiente del cultivo, con la posible adición de algunos cultígenos recibidos por vía marítima, me parece conciliable con los datos actualmente conocidos."²³

²² Comas, Juan. *Principales aportaciones indígenas precolombinas a la cultura universal*. Ediciones del I.I.I. México, 1957. 54 pp.

Comas, Juan. *Las culturas agrícolas de América y sus relaciones con el Viejo Mundo. Homenaje a P. Martínez del Río*, pp. 63-69. México, 1961.

Comas, Juan. *La antropología americana y el difusionismo* de P. Laviosa Zambotti. Volumen de homenaje a William C. Townsend, pp. 79-86. México, 1961.

²³ Armillas, Pedro. *Programa de Historia de la América Indígena. Primera parte: América precolombina*. Unión Panamericana. Washington, 1957. 76 pp. (Cita en la p. 51.)

Rivet apoya su tesis en una serie de caracteres métricos, y somáticos en general, que encuentra en tipos humanos que habitan el extremo sur de América meridional, considerándolos similares a los australianos. La explicación de cómo estos australoides pudieron llegar a Patagonia, plantea un serio problema, toda vez que siendo un grupo poco o nada conocedor del arte de navegar, no es concebible que por sus propios medios emprendieran con éxito la larga travesía transpacífica.

Más importante que el australoide es el elemento melanesioide (o malayo-polinesio) que Rivet señala en América; es el llamado paleoamerindio o tipo de Lagoa-Santa, pero que se encuentra en todo el continente, desde Baja California pasando por el suroeste norteamericano, hasta Colombia, Ecuador, Perú y Brasil. En efecto, hay similitud craneal entre estos restos amerindios y los de ciertos pueblos del Pacífico (islas de Fidji, Lealtad, Nueva Caledonia, etcétera); y Rivet complementa su información somática con analogías de carácter lingüístico y etnográfico, a igual que hizo con los australoides.

En cuanto a explicar cómo inmigraron dichos grupos no parece ofrecer dificultades, puesto que tales pueblos oceánicos disponen de excelentes piraguas dobles o de balancín, poseen tradición de marinos y suficientes conocimientos del arte de navegar; se conocen en periodo histórico sus expediciones a través del Pacífico, de uno a otro archipiélago, recorriendo distancias iguales y aún mayores que la existente entre el límite oriental de Polinesia y las costas americanas. El investigador W. Knoche es autor de un trabajo en que estudia las condiciones climáticas (corrientes marinas y vientos) en relación con tales migraciones, y concluye aceptando la posibilidad de que los malayo-polinesios arribaran al litoral sudamericano por vía transpacífica.

C. Merece unas líneas la hipótesis de A. Mendes Corrêa (en 1925) sobre la inmigración del elemento australo-tasmanoide, utilizando la vía antártica en vez de la transpacífica. Evidentemente, en el pleistoceno ya no existían los puentes terrestres que durante el Terciario se supone unían Australia con el continente antártico y éste con América; pero el autor supone que a fines del pleistoceno prevalecieron condiciones climatológicas más favorables que las actuales y pudo realizarse el paso a través del rosario de islas, estrechos, penínsulas y canales existentes. Rivet después de analizar esta sugerencia llegó a decir "es la única que satisface el espíritu", e indicó la fecha de unos 7 000 años a.C., como la más probable para esta inmigración vía antártica. Las islas de Tasmania, Auckland, Campbell, Macquarie, Esmeralda, Balleny, tierras de Marie

Byrd, Wilkes, Coats, Eduardo VII, Alejandro I, Graham y Palmer, archipiélagos de Shetland del Sur, Orcadas, Falkland, etcétera, pudieron muy bien servir de estaciones o etapas en el transcurso de esa emigración.

Los hielos que recubren actualmente la región antártica resultan un serio obstáculo a tal supuesto, restándole verosimilitud; pero no debe olvidarse que esta zona —igual que la ártica— ha pasado por periodos alternativos de máxima y mínima glaciación, y que es posible se produjera en el sur una regresión glaciaria, correspondiente al óptimum postglaciario del hemisferio boreal, tal como ocurrió en Europa y Norteamérica. Indicios de que pudiera ser así nos los facilitan las exploraciones de E. Shackleton, R. Scott y N. O. G. Nordenskiöld en la región antártica (1901 a 1921) al descubrir restos de carbón, y de fauna y flora fósiles que prueban la existencia pretérita de un clima más templado, análogo al de la región meridional de América del Sur.

Groenlandia ofrece un ejemplo similar, como lo prueban las investigaciones arqueológicas mostrando que entre los siglos XII y XV hubo una región actualmente cubierta de hielo que disfrutó de un clima mucho más benigno que permitió la existencia de árboles y penetración de las raíces hasta 90 cm. de profundidad.

Las investigaciones de Hough, Piggott y Urry analizando y fechando los sedimentos extraídos del mar de Ross, les han permitido afirmar "que en la Antártida y en un pasado no muy lejano, habían prevalecido condiciones templadas" y que "no menos de cuatro veces durante el periodo pleistoceno, la Antártida había gozado de climas templados". Parece que el actual casquete glaciario en dicha región sólo se formó hacia 6 000 a.C.; y que entre 6 000 y 15 000 años "el sedimento de fina granulación ... sugiere una ausencia de hielo en la zona".¹⁶

Si recordamos que gracias al C₁₄ se ha comprobado la existencia de tipos no-mongoloides en Patagonia y Tierra del Fuego, durante el VII milenio a.C., se observa una concordancia cronológica digna de ser tomada en cuenta para ulteriores conclusiones.

Claro está que aún así, la hipótesis de Mendes Corrêa carece de las indispensables pruebas arqueológicas que la comprueben; es decir, haría falta encontrar en todo ese rosario de tierras antárticas restos de cultura abandonados por los australoides en su emigración. Cosa evidentemente muy difícil, aunque no imposible de lograr, teniendo en cuenta la capa de hielo permanente que cubre estas tierras en la actualidad.

¹⁶ Hapgood, 1960, pp. 63-64.

Al respecto Bosch-Gimpera dice que el primer poblamiento de América ocurrió en el paleolítico inferior, con gentes recolectoras y cazadoras inferiores que procedentes del Asia Oriental introdujeron la cultura de lascas y nódulos, probablemente junto con las hachas de mano; esta cultura se arraigó en la Gran Cuenca de los Estados Unidos y se extendió a California, de donde penetró en México y Sudamérica.⁴

“Habría pues un paleolítico inferior americano, con largas persistencias arcaizantes y, si buscamos paralelos fuera de América, los encontraríamos sobre todo en la cultura marginal del sureste de Asia y de Indonesia, también de lascas y nódulos con ‘partidores’ que recibe los nombres de Anyathiense en Birmania —relacionada con el Soaniense del norte de la India—, Tampaniense en Malaca, Patjitiense en Java, Chukuteniense en China y Gongenyama en el Japón.”⁵

Los cazadores nómadas. Para otra gran mayoría de investigadores, la llegada del hombre al Nuevo Continente parece no remontarse a más de unos 25000 años antes de Cristo. Por estos tiempos los hielos cubrían el Estrecho de Behring, formando un puente entre los dos continentes, y de esta manera el hombre pudo pasar de Asia a América en oleadas sucesivas, atraído por los animales de caza mayor. Estos tempranos cazadores se movían de Siberia a Alaska sin pensar que penetraban de un continente a otro, e inclusive podían regresar de Norteamérica al Asia; habiendo penetrado en forma de pequeños grupos o bandas, y por largos periodos, lo cual explicaría en parte la diversidad de cazadores americanos que se desarrollaron posteriormente.⁶

El tipo de vida nómada a que estaban acostumbrados los llevó de Siberia al Canadá, a las planicies occidentales de los Estados Unidos, hacia los flancos de las Montañas Rocosas y a otros puntos en donde había campos ideales para la caza de animales como el mamut, el bisonte, el caballo americano, el tigre dientes de sable, el perezoso gigante, el lobo y otras especies pleistocénicas; especializándose algunos en la caza del mamut, otros en la del bisonte, pero siempre avanzando paulatinamente hacia México, Centro y Sudamérica.

De esta manera los cazadores del paleolítico superior americano, representados especialmente por los implementos Sandía, penetraron por el Estrecho de Behring, todavía seco, propagándose desde Alaska y el Canadá hacia las Montañas Rocosas; y por la dirección de su avance en América, y por las fechas que coinciden con el final del paleolítico en el Viejo Mundo, tenemos que pensar en un origen de-

⁴ Bosch-Gimpera, 1958.

⁵ Bosch-Gimpera, 1959.

⁶ Hibben, 1960.

rivado de los cazadores de Siberia, los cuales tenían sus hogares y campamentos hasta la región del Lago Baikal.⁷

El Complejo Sandía. Entre 25000 y 15000 a.c., algunas pequeñas bandas de cazadores nómadas eurasiáticos penetraron en Norteamérica, tras las manadas de animales pleistocénicos, especialmente el mamut y el caballo; puede decirse que entonces las estepas asiáticas presentaban las mismas condiciones climáticas que el norte del Nuevo Continente, o sea que los cazadores encontraron un ambiente ecológico semejante al que dejaban atrás, y una fauna inexplorada.

Conicionados por la tradición cultural que habían heredado, la cual era similar a la de los cazadores del paleolítico del Viejo Mundo, estas gentes sólo trajeron un equipo material y cultural mínimo; pudiendo decirse que conocían la manera de hacer el fuego, tenían el lanzadardos, dominaban algunas técnicas para tallar la piedra y se abrigan con las pieles de los animales que cazaban.

En Norteamérica estos cazadores continuaron dependiendo del mamut, pero agregaron el mastodonte, el perezoso gigante y el bisonte de gran cornamenta; utilizando en la cacería de estos animales largos dardos con puntas lanceoladas y con una escotadura lateral u hombro, las cuales han sido llamadas “puntas Sandía”, por el sitio de Nuevo México de ese nombre, en donde fueron encontradas por primera vez. La escotadura lateral y el lasqueado de estas puntas de proyectil guardan semejanzas con las del Gravetiense y Solutrense de Europa y Asia.

Además de las puntas lanceoladas con escotadura lateral y lasqueado, se han encontrado unos pocos artefactos que correspondieron también a esos grupos, entre ellos algunos raspadores para pieles, con caras romas y cuellos estrechos, parecidos a los de Asia; lo mismo que implementos bifaciales y restos de mastodonte, mamut, caballo, bisonte y camello, algunos de ellos calcinados.⁸

Aunque las puntas Sandía son escasas y algunas se han encontrado superficialmente, todas ellas implican cierta distribución de esos cazadores, y así, se han encontrado en lugares de Alberta, Mortlach y Saskatchewan, en el Canadá; al sur de Iowa; en el este de Colorado; en el norte de Oklahoma; en el Panhandle y Abilene, Texas; en la Cueva Sandía y sitio Lucy de Nuevo México; lo mismo que en sitios de Missouri, Alabama y Oregon.⁹

El Complejo Clovis. Entre 15000 y 9000 a.c., los cazadores nómadas dependen más del mamut o se especializan en la caza de ese animal, y los grupos o bandas se mueven principalmente por las grandes

⁷ Bosch-Gimpera, 1958.

⁸ Wormington, 1957.

⁹ Piña Chan, 1960.

llanuras de Norteamérica, por lo cual a veces se designa a la cultura con el nombre de Cultura Llano; habiendo en este tiempo puntas de proyectil acanaladas, implementos de hueso, martilladores, raspadores, buriles o grabadores y cuchillos hechos de lascas. Generalmente estos artefactos se encuentran asociados a huesos de mamut, aunque en el sitio Lehner de Arizona se hallaron también huesos de tapir, caballo y bisonte.

La continuidad de estos cazadores se manifiesta en el sitio Lucy de Nuevo México, en el cual algunas puntas Sandía comienzan a mostrar una incipiente acanaladura sobre las caras; tal vez de allí salen las puntas Clovis que se caracterizan por su forma lanceolada, lados paralelos o ligeramente convexos, bases cóncavas y acanaladura sobre una o las dos caras, hechas por el desprendimiento de varias lascas, y una acanaladura es más larga que la otra.

Las puntas Clovis muestran una mayor dispersión de las bandas cazadoras, pues se las ha encontrado en Blackwater Draw, Clovis, Portales, Cueva Burnet, Cueva Sandía y sitio Lucy de Nuevo México; en Dent y Lindenmeier, Colorado; en Naco y Lehner, Arizona; en Angus, Nebraska; en Miami, Doering, Mc Lean y otros sitios de Texas; en Carlson y Parrish, Kentucky; en Bull Brook, Massachusetts; lo mismo que en varios lugares de Alaska, el Canadá y México.

El Complejo Folsom. Entre 9000 y 7000 a.c., las incipientes puntas acanaladas de los cazadores de los llanos adquieren rango de verdaderas obras maestras entre los grupos Folsom, por su gran finura y delicado lasqueado a presión; caracterizanse las puntas Folsom por su forma lanceolada, bases cóncavas y un surco longitudinal, o acanaladura, en cada cara y casi a todo lo largo de la punta. Esta acanaladura se obtenía por el desprendimiento de una sola lasca, es decir, que se había llegado a una insuperable maestría técnica; y por lo general estas puntas se encuentran asociadas a huesos de bisonte, tal vez por la extinción del mamut o por una especialización en la caza de ese animal.

Además de las puntas de proyectil para dardos se han encontrado raspadores de varios tipos, martilladores, pulidores de piedra, machacadores, cuchillos hechos de finas lascas, paletas de piedra, punzones de hueso, grabadores, cuentas de piedra y de hueso, lo mismo que algunos discos con los bordes decorados, usados tal vez como pendientes; todo lo cual indica cierto progreso cultural de los grupos Folsom. Así podría decirse que las gentes eran cazadores de bisonte principalmente, que la cacería se hacía con el propulsor o átlatl, que sus dardos tenían puntas acanaladas de gran finura, y que también efectuaban la recolección de productos silvestres en baja escala.

Del bisonte obtenían el alimento, el vestido, y tal vez las pieles servían para cubrir sus primitivas viviendas; hacían artefactos de piedra con un dominio perfecto de las técnicas de percusión y presión;

preparaban sus pieles; utilizaban el cinabrio y tenían paletas de piedra tal vez para moler ese material; cortaban y decoraban sus cuentas y discos para collares y pendientes; a la vez que socialmente los grupos no rebasaban el plano de la banda compuesta de pocas familias, que recorrían determinados territorios en busca de los animales de caza.

La dispersión de estos grupos se nota en los hallazgos de puntas Folsom provenientes de sitios como Cabo Denbigh, Alaska; Mortlach y Calgary en el Canadá; Linger, Lindenmeier, Powars y otros lugares de Colorado; Kincaid, Lubbock, Lipscomb, Scharbauer y otros sitios de Texas; Sandía, Lucy, Folsom y otros lugares de Nuevo México; lo mismo que en algunos lugares de Montana, Nebraska, Arizona y México.

El Complejo Yuma. Entre 7000 y 5000 a.c., los grupos comienzan a mostrar cierta diferenciación regional, patente en la variación de sus puntas de proyectil, aunque todavía dentro de la tradición de los cazadores nómadas; sobresalen las puntas de los tipos Scottsbluff, Plainview, Long, Eden, Lime Creek, Angostura, Cody, Meserve y otras variantes. Estas puntas se agruparon en un complejo denominado Yuma, conocido también como Cultura Plano, pudiendo decirse que esta etapa muestra la supervivencia de los cazadores de fauna pleistocénica, con una mayor dependencia de la recolección.

Las puntas Plainview son de forma lanceolada y de bases cóncavas, un poco parecidas a las Clovis, pero sin acanaladuras; las puntas Eden y Scottsbluff tienen forma lanceolada, bases con espigas y un fino lasqueado transversal; en tanto que las puntas Angostura se parecen a las anteriores, pero tienen bases rectas. Durante esta etapa los grupos alcanzan su máxima expansión, desde Alaska hasta Sudamérica; pudiendo mencionarse entre los sitios más importantes a Eden, Horner y Agate Basin en Wyoming; Scottsbluff, Lime Creek, Red Smoke y Merserve en Nebraska; Portales, New Mexico; Long, South Dakota; Mac Hafie, Montana; Milnesand y Plainview en Texas; Brown's Valley, Minnesota; Claypool, Colorado, y varios sitios de Alaska, el Canadá y México.

En lugares como Plainview y Cody se han encontrado extensas acumulaciones de huesos de bisonte, lo cual parece indicar que algunas bandas practicaban la caza colectivamente; mientras que en Modoc, Illinois, los grupos cazaban el venado, patos y otros animales menores, a la vez que cogían caracoles, tortugas y peces en el río. Un cierto número de artefactos indican que también recolectaban semillas silvestres y nueces; contaban en general con raspadores, dardos, puntas de proyectil, átlatl, piedras de molienda, machacadores y algunos implementos más.¹⁰

Además de las puntas de proyectil de los tipos citados, estos grupos

¹⁰ Deuel, 1957.

tenían taladros, cuchillos, implementos bifaciales, raspadores, machacadores o partidores, martilladores, perforadores, piedras para moler y otras herramientas de piedra y hueso; obsérvase no sólo la supervivencia de los cazadores nómadas del bisonte, sino también la explotación de animales menores como el antílope, el conejo, el castor y el venado, junto con cierta recolección de productos silvestres y moluscos.

Al parecer el clima más caluroso y seco que se manifiesta por los finales de esta etapa, debió de haber intervenido en la desaparición de las pocas especies pleistocénicas que quedaban, por lo cual los cazadores tuvieron que recurrir a una explotación más intensa de sus territorios, y a desarrollar también herramientas más especializadas; llegan en muchos casos a confundirse estos grupos con los de tradición recolectora, que eran prácticamente contemporáneos.

El Complejo de los Recolectores. Entre 9000 y 1000 a.c., una gran mayoría de los grupos de Norteamérica vivieron principalmente de la recolección y de la caza de animales menores, con cierta tendencia a la estabilidad o semisedentarismo; en esta etapa se desarrolló la cultura del Desierto en el oeste de los Estados Unidos, y la cultura arcaica del este de Norteamérica. En general los grupos de esta época parecen haberse adaptado a las condiciones ecológicas que siguieron a los finales de la glaciación wisconsiniana, e inclusive pudieron derivarse de la antigua tradición de recolectores inferiores, caracterizándose por la gran explotación de los recursos naturales de su habitat.

En esta tradición cultural —que se extiende de las Montañas Rocosas hasta el norte de México— hay un periodo temprano, de 9000 a 5000 a.c., que se distingue por la existencia de bandas compuestas de varias familias nucleares, las cuales vivían en campamentos temporales o en cuevas y abrigos rocosos, por lo regular; a la vez que contaban con puntas de proyectil, raspadores, cestas, petates, sandalias, piedras para la molienda de semillas, machacadores y otros implementos especializados.¹¹

Posteriormente, de 5000 a 1000 a.c., las puntas de proyectil se hacen con muescas retocadas, aparecen los agujeros para el almacenamiento de granos y semillas, se ocupan las cuevas y abrigos rocosos como viviendas, y predominan los implementos de molienda; hay también punzones y agujas de hueso, raspadores para pieles, cestería, tejidos, culto a los muertos y otros progresos culturales; se inician las economías especializadas y, al final, la agricultura.

En los estratos más antiguos de Danger Cave, Utah, se encontraron implementos de lascas de jaspe, hogares y restos de cestería que se fechan por 7000 a.c.; en Fort Rock Cave, Oregon, se hallaron artefactos de madera, puntas de proyectil, raspadores, taladros, manos

¹¹ Daugherty, 1962.

para moler, punzones de hueso, sandalias y cestería, también fechables por la misma época; mientras que en Lago Mohave y Pinto Basin, California, se han encontrado puntas de proyectil, machacadores, cuchillos ovales, taladros, raspadores, martilladores, manos para moler, etcétera, lo cual indica una forma de vida más recolectora, pero con tendencia a cierta dependencia de la caza menor.

En el complejo Cochise de Arizona hay metates de grandes proporciones, morteros, cuchillos, machacadores y raspadores; en Ventana Cave, Arizona, se han encontrado puntas de proyectil parecidas a las de Pinto, Mohave y Gypsum, junto con manos para moler, similares a las de Cochise; en tanto que en Borax Lake, California, se hallaron puntas para flechas, lascas, cuchillos, raspadores, taladros, machacadores, morteros, manos, etcétera; y en Modoc, Illinois, hay perforadores de hueso, cuentas y conchas perforadas, taladros, machacadores, hachas de ranura, martillos de mano, enterramientos y otros rasgos.

En general, hallazgos de estos grupos se han localizado en Ventana Cave, Tularosa Cave, Cochise, Leonard Rock Shelter, Humboldt Cave, Lovelock Cave, Fort Rock Cave, Mohave, Signal Butte, Graham Cave, Modoc, Gypsum Cave, Pinto Basin, Borax Lake, Barbeau Creek y otros muchos lugares; abarcando Nevada, New Mexico, California, Illinois, Missouri, Washington, Oregon, y aun sitios de México.

El tipo de vida seminómada de estas gentes, que se reunían estacionalmente para la práctica de la recolección, se refleja en el utillaje de esos tiempos; predominan las piedras para la molienda de semillas, los machacadores, los morteros, los metates, los raspadores, los taladros, los martilladores, etcétera; aunque contaron también con cestería, petates, sandalias, cordeles, redes, punzones, agujas, artefactos de madera y herramientas de hueso y asta de venado. Por lo general vivieron en abrigos rocosos y cuevas, en donde tenían graneros y enterraban a sus muertos en posición flexionada, con acompañamiento de ofrendas; habiendo evolucionado algunos grupos a una etapa de agricultura incipiente, especialmente en el suroeste de Estados Unidos, como se observa en Bat Cave, Nuevo México, en el cual había maíz de tipo envainado-reventador por 3000 a.c.

En el este de Norteamérica hay lugares como Modoc, Illinois; Russell Cave, Alabama; Graham Cave, Missouri y Eva, Tennessee, en los cuales los grupos recolectores se fueron especializando hasta volverse casi sedentarios; se menciona para el sitio Eva una fecha de 5200 a.c., con grupos recolectores de moluscos y pescadores, los cuales dejaron una serie de concheros, hogares, entierros flexionados en hoyos circulares, artefactos de hueso como punzones, anzuelos y arpones; lo mismo que perros sacrificados, tal vez para servir de acompañantes a los muertos. Estos grupos evolucionan posteriormente como se observa en Indian Knoll, Stallings Island, Lamoka; Lauder-

dale, Frontenac, Brewerton, etcétera, adoptando el cobre martillado y otros rasgos culturales más adelantados.

Al respecto hay que mencionar la vieja Cultura del Cobre, localizada principalmente por los Grandes Lagos desde unos 3000 a.c., cuyos grupos tenían arpones, punzones, cuchillos, hachuelas, anzuelos y puntas de dardos hechos de cobre martillado con formas semejantes a las de Eurasia; pueden mencionarse los hallazgos de Oconto, Wisconsin, donde se encontraron objetos de cobre en asociación con pesos de lanzadardos, entierros en agujeros rectangulares y formando el bulto del muerto, evidencias de cremación y otros rasgos, con fechas de carbono 14 entre 5000 y 3000 a.c., aunque muchos estiman que la Cultura del Cobre puede colocarse con seguridad entre 3000 y 2000 a.c., por relaciones con las culturas de Lamoka e Indian Knoll.

La tradición paleo-norteña. Además de las tradiciones culturales apuntadas anteriormente, hay una más reciente, que Wormington ha llamado Paleo-Norteña, localizada principalmente en sitios de Alaska, las Aleutianas y el Canadá; caracterizándose esta tradición por sus núcleos poliédricos, lascas prismáticas, implementos conocidos como buriles o micro-hojas, pequeñas herramientas o microlitos y hojas arpones, los cuales guardan semejanza con los que aparecen en culturas mesolíticas y neolíticas de la Siberia y el Japón. Esta tradición no comienza tan temprano como las otras, pero es la más vieja conocida en el norte de Norteamérica, y tiene relaciones con las culturas proto-esquimales de esa región.¹²

Los estudios de Mac Neish establecen un complejo denominado British Mountain, el cual se caracteriza por una serie de machacadores fechables por 7000 a.c.; luego sigue el periodo o complejo Flint Creek con puntas Angostura y Plainview, por 4500 a.c.; sigue la etapa Trail Creek caracterizada por su industria microlítica, fechable por 4000 a.c.; y a continuación el complejo Denbigh, de origen asiático, y relacionado con el neolítico siberiano, a partir de unos 3000 a.c.

En sitios como Denbigh, Fort Liard, Iyatayet, Ananiuliak Island, Aleutianas, Trail Creek, Anaktuvuk Pass, etcétera, es decir, en lugares de Alaska, las Aleutianas, el Canadá y Groenlandia, hay evidencias de los grupos de esta tradición cultural; puede decirse que los materiales se asemejan a los de Siberia y de allí han de haber partido las influencias culturales. En Iyatayet, Alaska, se encontraron buriles, núcleos poliédricos, micro-hojas, raspadores y otras pequeñas herramientas trabajadas con un fino lasqueado diagonal; mientras que en Campus Site, cerca de Fairbanks, se hallaron los artefactos que definieron al complejo Denbigh, los cuales guardan similitudes con los de Gobi, Mongolia, y Lago Baikal de Siberia.

¹² Wormington, 1957.

Así, en términos generales, puede decirse que esta tradición Paleo-Norteña muestra grandes contactos con el Asia, principalmente entre 4000 y 1500 a.c.; y la aparición del perro con afinidades árticas, la introducción del cobre martillado, las viviendas semisubterráneas, la industria microlítica, la cerámica con estampado de cuerda o de textiles, el uso de huesos de animales para la adivinación, la alfarería con desgrasante de fibras vegetales y otros rasgos, muestran que, aunque se cortó el paso terrestre hacia América por 8000 a.c., siguió habiendo contactos importantes, que bien pudieron hacerse por medio de canoas, costeando el norte del Pacífico, principalmente entre la península siberiana y Alaska y las Aleutianas, todavía hasta unos 2,000 o 1500 años a.c.

El conocimiento cada vez mayor de la costa siberiana y Alaska, llevará en el futuro a trazar mejor la ruta que siguieron ciertos elementos neolíticos hacia América, los cuales influyeron sobre algunos grupos del Arcaico del este de Norteamérica; puesto que la aparición de artefactos de cobre en entierros, la cerámica gris con motivos de triángulos rellenos de líneas paralelas, la decoración de cuerda, textiles, peine y mecedora, la cerámica con desgrasante de fibras y otros elementos, ya estaban generalizados en la península siberiana por 1500 a.c., y muchos de esos rasgos pasaron a Norteamérica, especialmente por Alaska y las Aleutianas.

Resumen. De acuerdo con las evidencias actuales, los primeros pobladores del Continente Americano parecen haber sido recolectores que tenían una industria lítica bastante tosca, a base de núcleos, cantos rodados, lascas y nódulos de piedra, cuyo nivel cultural era similar al de los grupos del paleolítico inferior o medio del Viejo Mundo; habiendo dejado algunos hogares, restos de fósiles o huesos de caballo, mastodonte, camello, mamut, gliptodonte y perezoso gigante; lo mismo que raspadores, machacadores o partidores, y algunos implementos más, cuya antigüedad se puede calcular entre 35000 y 25000 a.c., fundamentalmente.

Luego penetraron los cazadores nómadas que elaboraron las puntas de proyectil conocidas ahora como Sandía, Clovis, Folsom, Plainview, Scottsbluff y otras variantes, los cuales vivían de los grandes mamíferos del Pleistoceno, especialmente del mamut, el caballo y el bisonte, cuyo nivel cultural es comparable al de los grupos del paleolítico superior del Viejo Mundo; habiendo adquirido una especialización en la técnica del tallado de las puntas de proyectil, y comenzando a depender en cierta escala de la recolección, cuya antigüedad puede colocarse de 25000 a 5000 a.c.

Contemporáneos en parte de los cazadores nómadas hubo otros grupos que se dedicaron más a la recolección, los cuales llegaron a contar con cestería, tejidos, lanzadardos, taladros para hacer el fuego,

pesos de redes, esteras de tule, sandalias, cordeles, punzones de hueso, piedras de molienda, machacadores, raspadores, cuentas de concha, bolas de piedra, hachas de ranura, tubos para succionar las enfermedades, culto a los muertos y muchos otros progresos culturales; habiendo dado lugar esta tradición a la Cultura del Desierto y al Arcaico del este de Norteamérica, todo ello entre 9000 y 1000 a.c.

Por último, entre 5000 y 1500 a.c., otros grupos semejantes a los del neolítico siberiano penetran en Norteamérica, introduciendo el conocimiento del cobre martillado, la industria microlítica, el conocimiento de la cerámica, el perro, y tal vez el concepto de los montículos funerarios y las viviendas semisubterráneas; influyen sobre algunos grupos arcaicos del este de Norteamérica; se desarrollan la Cultura Boreal y la vieja Cultura del Cobre; y evolucionan ciertos grupos al sedentarismo y al establecimiento de aldeas, con casas circulares, entierros en cementerios o en concheros, ornamentos de cobre y concha, pesos de átlatl, hachas de ranura, vasijas de piedra, cerámica con desgrasante de fibra y otros adelantos culturales.

El origen asiático de los indígenas americanos es un hecho generalmente aceptado, lo mismo que el poblamiento de América por el Estrecho de Behring; habiendo sido el resultado de una serie de migraciones continuas, desde los tiempos glaciales hasta unos 2 000 a.c., o sea que el mayor contingente de población pasó por esa ruta, aunque pudo haber también algunos contactos transpacíficos tardíos, que en realidad no influyeron sobre el tipo físico, sino, cuando más, en algunos aspectos culturales.

Los primeros grupos que pasaron eran físicamente intermediarios entre los caucasoides (europeos) y mongoloides (asiáticos orientales), más caucasoides los primeros y más mongoloides los últimos que pasaron; y al penetrar en América estos grupos encontraron las mismas condiciones climáticas que había en Siberia, o sea que fueron ocupando lugares con el mismo clima, el mismo paisaje, los mismos animales y las mismas plantas que dejaban atrás, por lo cual se adaptaron rápidamente; hasta que con el tiempo desarrollaron su propia cultura, adquiriendo perfiles distintos a los del Viejo Mundo.